UN THRILLER DE LA INSPECTORA OLIVIA WOLF

ENROQUE DE LA REINA

UN MISTERIO EN LA ACADEMIA



RICCARDO BRACCAIOLI

Riccardo Braccaioli

Enroque de la Reina: Un Misterio en la Academia

Un thriller de la Inspectora Olivia Wolf

First published by BRALTON BOOKS 2025

Copyright © 2025 by Riccardo Braccaioli

© Riccardo Braccaioli 2026

Este libro es una publicación independiente y está prohibido copiarlo, reproducirlo, transmitirlo o adaptarlo por cualquier medio, electrónico o mecánico, a menos que se obtenga la autorización expresa del autor.

Esta es una obra de ficción y cualquier nombre o circunstancia que guarde parecido con la realidad o con temas reales es pura coincidencia. Los nombres, lugares y acontecimientos son producto de la imaginación del autor o se han utilizado de forma ficticia.

Depósito legal: 2512304149623

First edition

This book was professionally typeset on Reedsy
Find out more at reedsy.com



“El ajedrez es la guerra sobre el tablero. El objetivo es aplastar la mente del oponente.”

Bobby Fischer

Querido lector,

Gracias por leer mi novela.

Me encantaría que, si no estás en mi lista de lectores y no recibes mis correos de los jueves a las 15:30, te pudieras apuntar. De esta forma, estarás al corriente de todas mis novedades editoriales y muchas más cosas. Solo tienes que entrar en este enlace y dejar tu correo.

ENLACE A MI NEWSLETTER

Dicho esto, al final del libro alguna novedad editorial.

La **primera** es que este 2026 Néstor tendrá su propia novela: *Néstor: El origen del asesino*

La **segunda** es que en marzo sacaré **una nueva serie**. Al final del libro te explico algo más.

Dicho esto, te dejo con la investigación de Olivia y te veo al final del libro con más datos sobre estas tres novedades.

Feliz lectura, Riccardo.

PD: También puedes acceder a mi newsletter escaneando con la cámara del móvil este código:

Lo que los lectores dicen sobre Riccardo Braccaioli:

“⭐⭐⭐⭐⭐ Gracias por escribir tan bien, eres de los grandes, el nuevo Michael Connelly”

“⭐⭐⭐⭐⭐ Esta súper bien, no puedes dejar de leer, te lleva con la intriga hasta el último momento, muy recomendable.”

“⭐⭐⭐⭐⭐ Es de los libros que mantienen la atención y las ganas de seguir leyendo. Ahora estoy esperando para leer el siguiente libro de la saga.”

“⭐⭐⭐⭐⭐ No puedes dejar de leer, te atrapa desde la primera línea. Enorme. Espero continuar con toda la serie en breve.

“⭐⭐⭐⭐⭐ Soy seguidora de este escritor y me gustan sus obras, pero en esta se ha superado, desde la primera página he estado enganchada con un ritmo trepidante y sobre todo inesperado.”

“⭐⭐⭐⭐⭐ Lo empecé a leer sin mucha expectativa, pero conforme iba pasando por sus páginas te vas encaminando a una historia que termina por volarte la cabeza, no sabes en qué momento pasaron tantos acontecimientos, lo recomiendo.”

“⭐⭐⭐⭐⭐ No hubiese pensado nunca en cómo acaba siendo todo….
Me ha encantado, no he podido parar de leer hasta terminarlo.”

“⭐⭐⭐⭐⭐ Lenguaje sencillo, directo, fácil de comprender.
He pasado dos semanas leyendo los 6 libros de Alex Cortés y he disfrutado muchísimo de la trama y la historia de cada personaje.”

“Escribir sobre la muerte, para hablar de la vida.”

Riccardo Braccaioli

Esta novela es un trabajo de ficción. Cualquier parecido con la realidad, con nombres de personas o enfermedades, es una pura coincidencia.

Bienvenido al Universo Akeron

Este no es un lugar donde estar cómodos.

Akeron es una ciudad en la que nadie viviría por placer, pero muchos necesitan quedarse aquí. Es como una silla de madera con espinas en medio del desierto: si te sientas, es por necesidad.

Tú estás invitado, pero ten cuidado, porque este lugar te atrapará por su misterio y violencia; por sus adversidades y retos.

Aquí la justicia a duras penas consigue prevalecer sobre el mal y la corrupción. No será un recorrido fácil, pero seguramente será emocionante.

De modo que te invito a entrar en Akeron City, pero recuerda que, una vez que cruces el umbral, no serás la misma persona.

1

Academia Lombroso, Akeron City.

Había empezado siendo una mañana normal para Antonella Adler.

Llegó pronto a la Academia, como de costumbre. Se había vestido, como era habitual, con un vestido de lana gris, zapatos negros de tacón y un abrigo largo. El trayecto entre su apartamento en la Lombroso y el edificio del profesorado era corto, pero aun así, el frío y la humedad no perdonaban.

Apoyó su bolso parisino en la mesa y sacó un café de su máquina personal de café.

Solo cuando se sentó en la butaca, vio lo que había en su escritorio.

Era un papel blanco, recortado. Solo una frase dominaba la superficie:

ES: si quieres saber, ahora, al lado de la farmacia.

Antonella subió la mirada y su corazón comenzó a latir más fuerte. Repasó su despacho. Nada más parecía haber sufrido cambios allí dentro. La mesa, la librería, el resto de objetos en su escritorio… nada, solo un mensaje. Solo una comunicación precaria que apareció de la noche a la mañana.

Dio un sorbo al café y miró por la ventana. Esa palabra, *ahora*, quería decir que la estarían viendo y que la esperaban.

El café le calentó la garganta y dejó a su paso un fuerte regusto en la boca.

Apoyó la taza y cogió el bolso y su abrigo. Salió del despacho. Cerró detrás de sí la puerta y abandonó el edificio, recorriendo el mismo camino que había hecho unos minutos antes en dirección contraria.

El camino del edificio del profesorado a la farmacia era de unos diez minutos escasos. En el transcurso, pensó en la nota.

¿Por qué ahora?

¿Por qué ella?

¿Era posible que "ES" se refiriese a la supuesta sociedad secreta, Equites Serpentarii?

Todos esos pensamientos le impedían ver a los cadetes que se le cruzaban por delante y la saludaban.

Los movimientos de la supuesta congregación secreta eran cada día más conocidos. La muerte de Lina Spencer, el supuesto secuestro de Valentino de la Selva y el arresto del profesor de técnicas avanzadas de interrogatorio, Markus Schmidt, los estaban delatando.

¿Estaría sucediendo algo gordo?

Al llegar a la farmacia, siguió mirando a su alrededor. Incluso miró hacia atrás a cada veintena de pasos como una conspiranoica.

Pero ella no era ninguna conspiranoica, era una profesora de simbología que había recibido una nota real y no se lo había inventado.

Se detuvo. La farmacia seguía cerrada a esa hora de la mañana.

No había nadie a su alrededor, solo cadetes que apresuraban sus pasos dirigiéndose hacia sus clases, en época de exámenes finales.

Se sintió una estúpida por estar de pie esperando algo que podría no llegar nunca.

¿Y si era una maniobra para alejarla de su despacho? ¿Quizá un grupo de cadetes que querían entrar en su ordenador para modificar su nota?

Pero eso no era posible; tenía una clave a prueba de hackers.

Entonces escuchó una sola pisada detrás de ella: una bota en las hojas marchitas en la acera. No le dio tiempo de girarse y se encontró una capucha en la cabeza.

El bolso dejó de ser un peso y alguien zarandeó su cuerpo.

Antonella Adler aterrizó en un colchón, con las manos atadas por detrás. Luego escuchó una puerta corredera cerrarse y el acelerón de un motor.

Tumbada y con la cabeza encapuchada, comprendió que había caído en una trampa. Había sido una ingenua y la habían pillado desprevenida. Esperó que alguien se hubiera dado cuenta y que vinieran a buscarla, pero sabía que era una ingenuidad. Solo podía esperar a ver qué pasaba y dónde le quitarían la capucha. Su vida estaba en manos de ES, quienquiera que fuese.

2

—Cadete De La Selva… —dijo el inspector Caruso a Valentino—. ¿Qué recuerda de cuando le raptaron?

El cadete interrogado estaba sentado en una silla, en una habitación cedida por la Lombroso. Al otro lado de la estancia estaba el inspector, de pie, y detrás, en un banquito, Olivia y Donato. Estos dos miraban y escuchaban en silencio. Olivia tenía el ceño fruncido y una expresión lastimosa hacia su amigo. Una parte de ella no quería estar allí y ver cómo lo interrogaban. La otra, más racional, quería saber e investigar lo que había pasado, para ver cómo podía ayudarle.

La estancia estaba despojada de todo tipo de objetos y cuadros. Era difícil saber cuál era el uso habitual de ese espacio.

Valentino no contestó.

—Es mejor que contestes, si no quieres ser expulsado de la Academia —insistió el comisario—. Ya oíste al director…

Las palabras amenazantes del comisario no servían para nada. No provocaban ningún cambio en su rostro ni en sus actos.

Caruso se colocó las manos detrás de la espalda. Se acercó al cadete y comenzó a caminar a su alrededor.

—Hijo, no tengas miedo, lo que digas no saldrá de aquí. Somos un equipo y estamos intentando ayudarte, no fastidiarte, ¿me entiendes?

Un psicólogo que había hablado con Caruso había comentado que podía sufrir algún tipo de trastorno por estrés postraumático, debido al secuestro. Si fuera el caso, ese estado casi catatónico podría durar días, semanas o meses. Incluso años, pronosticó.

—¿Qué te hicieron, cadete? ¿Puedes decírnoslo?

Él seguía con la mirada perdida.

—No me acuerdo —dijo y se encogió de hombros.

—¿Cómo puede ser que no te acuerdes? Te han hecho un tatuaje —dijo indicándolo con el dedo.

Valentino bajó la mirada. Observó por unos segundos la forma geométrica de la torre, como si se hubiese olvidado de tenerla, y la tapó con su jersey.

—No lo sé.

—¿Pero cómo es posible? Entiendo que estés asustado, pero no nos ayudas con tu actitud. Tienes que ayudarnos, Valentino, para que a ningún cadete más le suceda lo mismo que te pasó a ti. ¿Entiendes? —dijo el inspector.

Valentino asintió. Lo hizo de forma lenta y poco convencido.

—La verdad es que no lo entiendo, no me pasa nada y no me acuerdo de nada de los últimos días. No le puedo ayudar. No sé.

Las últimas palabras del cadete dejaron a los demás en silencio por unos instantes.

Olivia, que tenía los ojos fijos sobre su amigo para no perderse ni un detalle, no daba crédito a lo que estaba ocurriendo.

Ese no era su amigo. Ese cadete, parecido a Valentino, no era el mismo con el que ella había compartido tantos momentos en la Lombroso, tanto buenos como malos. Momentos de risas y penas, de fiestas y de estudio.

No lo era… pero sí.

Ese chico era él. No podían haberle cambiado. Akeron City era tan asquerosamente cruel que de la noche a la mañana te arrebataba a un padre y a un buen amigo, el mejor que había tenido hasta la fecha.

Algo terrible debía haberle sucedido para dejarlo así.

Al principio de la entrevista, Olivia había sentido curiosidad por saber qué demonios le había pasado a Valentino. Luego la curiosidad se había convertido en rabia por su pasividad y su falta de comunicación. Pero al final, sintió pena. No había imaginado jamás sentir eso por él.

Caruso dejó de mirar a Valentino. Se dio la vuelta y se acercó a Olivia.

—No creo que podamos hacer mucho… —susurró—. Tengo una idea. Os la explico fuera.

Al decir eso, señaló la puerta con la barbilla.

Sin embargo, Olivia le cogió del brazo y negó con la cabeza.

—Déjeme probar algo a mí…

El inspector no dijo nada y ella se acercó a Valentino.

Se arrodilló delante de él, bajo la estricta vigilancia de los otros dos hombres, y le cogió la mano.

—¿Recuerdas cuando cogíamos, a principio de mes, un batido de chocolate y nos reíamos como tontos haciendo burbujas con la pajita? —dijo Olivia con cariño—. Decíamos que era un "yacuzzolatte".

Ella sonrió, pero Valentino no le devolvió la sonrisa.

—Mírame, Valentino. ¿Qué te han hecho? Dime qué pasó, qué pasó con la furgoneta, dónde te llevaron. ¿Quiénes eran? Valentino…

Los dos se quedaron en silencio, mirándose a los ojos.

Ella conocía muy bien esos ojos, por todas las veces que había intentado seducirla y ser algo más que un simple compañero. Por todas las veces que él la intentó besar, hasta pocas semanas atrás.

Los ojos. Los ojos eran los suyos, pero el alma, la expresión, ya no eran las mismas.

—¡Dime algo, por favor! —le espetó disgustada.

Al ver que Valentino no contestaba, el inspector se acercó a separarlos.

Ella le cogió a su amigo la mano donde aparecía el tatuaje.

—¿Quién te ha hecho esto? Nunca te habrías hecho uno, a ti te dan pánico las agujas, Valentino.

—Está bien, Olivia. Vámonos —dijo Caruso y la ayudó a incorporarse.

A ella le costó despegar sus ojos del amigo y seguir al comisario fuera de la estancia.

Caruso cerró la puerta y en el pasillo se hizo un instante de silencio. Luego se frotó las manos, soplando para calentárselas.

—Me lo llevaré a comisaría. Le haremos unas pruebas y que lo vea un psicólogo forense, por si nos pueden ayudar —dijo el inspector y se detuvo al escuchar unos pasos.

Un agente de la policía de Akeron City se acercaba.

—Inspector, malas noticias.

Caruso resopló.

—¿Qué pasa ahora?

—Han raptado a otra persona. Es la profesora de simbología, Antonella Adler.

Caruso arrugó el ceño y miró a la cadete, como si Olivia tuviera la solución a esa situación.

3

Donato rompió el silencio.

—Bueno, tampoco es para tanto. La profesora Adler es una arpía —dijo encogiéndose de hombros y tratando de hacerse el gracioso.

El inspector y Olivia lo ignoraron.

—Esto es más grave de lo que pensaba —afirmó el inspector.

Olivia asintió, con una expresión preocupada y aún descolocada.

—¿Cómo lo sabéis? ¿Han llamado los secuestradores? —preguntó Olivia.

—No, nos ha informado el guardia de la garita de entrada —dijo el agente —. Vio salir una furgoneta y también aparece en las cámaras de seguridad.

—¿Una furgoneta?

—Sí, blanca, señor —afirmó el agente—. En la comisaría ya están comprobando la matrícula.

Caruso se pasó una mano por el rostro. Se tomó unos segundos para reflexionar, y sus pensamientos fueron interrumpidos por Olivia.

—Tengo una idea, inspector. Usted puede ir a la comisaría con Valentino. Mientras, Donato y yo investigaremos las cámaras y la desaparición de la profesora.

Caruso torció la boca mientras negaba.

—Ni de broma, sois cadetes, no podéis investigar solos.

—La situación se nos está yendo de las manos y lo sabe. El factor tiempo es importante y, seguramente, si nos dividimos podremos avanzar más rápido —afirmó ella con seguridad.

Su expresión marcaba la determinación propia de una inspectora, no de una cadete.

—Cuente con nosotros, inspector. Además, hacemos muy buena pareja —dijo Donato mientras se acercaba a la chica.

Caruso gruñó.

—Solo con una condición.

—¿Cuál? —preguntó ella.

—Que cualquier movimiento, cualquier pista nueva y cualquier cosa que hagáis, me vayáis informando —afirmó apuntado a los cadetes con su grueso dedo índice.

Los dos asintieron al unísono.

Caruso se detuvo unos instantes para mirarlos a los ojos. Su expresión transmitió lo que las palabras no podían hacer. Cuando creyó que su mensaje había calado en los cadetes, regresó a la habitación, cogió consigo a Valentino y se marcharon, seguidos por el agente.

Olivia miró desaparecer a Valentino, o mejor dicho, lo que quedaba de la persona que había conocido.

Donato se giró hacia ella.

—Bien, ¿y ahora qué hacemos?

Olivia comenzó a caminar hacia la puerta.

—Sígueme, ya lo verás.

Los dos cadetes salieron del edificio del profesorado y cruzaron por entero el campus Lombroso hasta la entrada.

A pesar de que la lluvia había regalado una tregua, el horizonte no estaba visible por la espesa niebla.

Mientras caminaban, Donato, con su ridículo sombrero de fieltro y traje caro con corbata, daba sus impresiones del interrogatorio.

Olivia, en cambio, se centraba en temas prácticos, generados por su mente mucho más meticulosa.

—¿No te parece que vamos muy deprisa? ¿Nos paramos en la cafetería a por un donut? —decía Donato siguiéndola.

Al ver que no le hacía caso, se quedó un paso por detrás y se limitó a seguir el paso rápido, firme y continuo de la mujer.

Cuando llegaron a la caseta del guarda, le pidieron que los dejara entrar.

El guarda los estaba esperando. Entraron en la pequeña construcción de una sola planta, donde el guardia explicó que el inspector Caruso había

ordenado que les dejara ver las grabaciones. Era algo excepcional, pero el guarda obedeció porque era orden de Caruso.

Olía a café recién hecho y a pastas calientes con pasas. El ambiente era agradable ahí dentro. Olivia se abrió el abrigo y acercó las manos a un radiador.

No perdieron ni un minuto. Las imágenes retrocedieron hasta el momento en que pasó la furgoneta.

Era blanca, tal y como había indicado el agente. No llevaba ningún rótulo, era neutra y podía ser usada por cualquier profesional y provenir de cualquier parte de la provincia.

Pidió una foto y el guardia se la imprimió a color.

El chófer parecía un hombre cualquiera, con barba incipiente, gafas de sol a pesar del tiempo desapacible y pelo corto.

—¿No hay una vista mejor?

—No, es todo lo que tenemos.

Dejaron sucederse las imágenes hasta poder ver la matrícula, que los agentes ya estaban investigando. Pero había algo al lado de la placa. Olivia se acercó para ver mejor.

—¿Se puede averiguar qué es eso?

El guarda amplió la foto todo lo que pudo e imprimió la parte trasera de la furgoneta y el detalle.

Era una pegatina. Una furgoneta blanca de una marca común, como podía haber a miles por Akeron City, menos por un adhesivo.

Plegó las hojas y se las guardó en la cazadora. Lo hizo con un gesto rápido, casi avaricioso.

—¿Qué más sabemos?

El guarda no perdió tiempo. Después de un rápido sorbo a su café en una taza de la Lombroso, rebobinó a toda velocidad hasta llegar a pocos minutos antes. En la imagen aparecía el edificio de la farmacia. La furgoneta volvía a aparecer en otra pantalla y con otra visual. El hombre del pelo corto y gafas bajaba de la furgoneta y, caminando hacia atrás por el sentido inverso de la grabación, miró a su alrededor, luego se fue hasta la puerta lateral y esta se abrió.

Olivia le ordenó que fuera más lento.

El cuerpo de una mujer saltaba fuera de la furgoneta y se ponía de nuevo de pie con una capucha negra. El hombre la arrastraba hacia otra parte, lejos del vehículo. Luego le quitó la capucha y desapareció. Antonella Adler apareció de pie, esperando. Todo en pocos segundos.

—Está bien. ¿Cómo os disteis cuenta de esto?

El hombre que había detenido la grabación levantó la mirada.

—Un cadete, desde lejos, lo vio e informó.

Olivia levantó la mirada.

—Habrá que interrogarle.

El guardia zarandeó la cabeza.

—Ya lo han hecho, pero no sabe nada. Solo tenemos esto. Perdéis el tiempo.

—¿Cómo lo sabes?

—Un agente se lo explicó a alguien por teléfono justo aquí, delante de mí.

Ella asintió.

Donato dio una palmada y con voz divertida dijo:

—Bien, ¿vamos ahora a tomarnos un café?

—No, tenemos que ir a averiguar por qué la profesora esperaba a alguien en la farmacia.

—¿No te parece que esto de la farmacia se repite mucho?

Ella asintió.

—Volvamos al edificio del profesorado, la siguiente pista tiene que estar allí.

4

En el edificio del profesorado se notaba tensión.

Los rostros de los profesores eran serios, a diferencia de los de los alumnos, entre los cuales aún no se había difundido la noticia.

Fueron hasta la sala común de los profesores y pidieron acceder al despacho de la desaparecida.

Poco después entraban en su espacio de trabajo.

Olivia fue la primera en pasar.

El profesor que los había acompañado cerró enseguida la puerta, para evitar que se propagara la noticia del secuestro.

—Vinimos enseguida y no encontramos nada fuera de lugar —les dijo.

Olivia asintió y miró todos los detalles. Comenzó por la derecha y fue recorriendo todo el despacho: las librerías, el sofá, la ventana. Se detuvo en la mesa llena de redacciones aún por corregir.

Donato, en cambio, comenzó por el escritorio.

La taza de café seguía en la mesa, ya fría.

Abrió la agenda que reposaba en el escritorio y buscó el día en el que estaban.

—Para hoy no tenía ninguna reunión. Tampoco ninguna anotación que demuestre que había quedado. Nada en toda la mañana —dijo Donato a su compañera.

—Me pregunto por qué fue a la farmacia, si estaba aún cerrada.

Donato cerró la agenda y la devolvió a un lateral del escritorio. Este quedó completamente vacío. Luego quiso probar a sentarse en la silla de la profesora de simbología.

Al sentarse en la butaca, el cuero color tabaco crujió.

Se acomodó y apoyó los dedos en los reposabrazos.

De reojo podía ver la expresión contrariada del profesor que les había abierto.

Disfrutó de ese momento, e incluso le entraron ganas de imitar a la profesora. Pero entonces sí que se hubiera merecido una buena reprimenda.

Juntó los dedos entre ellos y miró a su compañera. Se quedó perplejo, observando los tejanos estrechos que marcaban un trasero firme.

Olivia se giró de repente, como si estuviera sintiendo los ojos de Donato sobre su trasero.

Él disimuló y comenzó a mirar los cajones del escritorio.

Al cerrar el primer cajón, vio un papel que le llamó la atención.

Se agachó y lo recogió; tenía un mensaje.

Lo levantó y se lo enseñó a la compañera.

ES: si quieres saber, ahora, al lado de la farmacia.

—Ahora ya sabemos por qué la profesora Antonella Adler fue hasta la farmacia —dijo.

5

Ese papel era oro y explicaba por qué la profesora Adler había ido a la farmacia.

Era una emboscada, una traición y un movimiento más en la partida de ajedrez del Equites Serpentarii. Una más, pero no una cualquiera: era una subida en la apuesta.

No tenían suficiente con raptar a un cadete, ahora habían ido a por una profesora.

—Tenemos algo interesante —dijo Olivia al teléfono.

—¿Qué has descubierto, Wolf? —preguntó el inspector Caruso por teléfono.

—En realidad, ha sido Donato Vihëls. Él lo ha encontrado debajo del escritorio. Creo que con el viento se cayó y los profesores y los agentes no lo encontraron.

Caruso gruñó.

—Te mandaré a un agente a recogerlo. Puede que haya huellas interesantes —dijo—. ¿Qué más habéis descubierto?

Olivia se sacó las hojas plegadas de la cazadora.

—La furgoneta, ¿habéis podido identificar la matrícula?

—Por desgracia, sí.

Olivia se quedó extrañada.

—¿Y a qué esperamos para ir a por ellos?

—Es robada, vete a saber dónde está ahora. Hemos pasado una nota a todas las patrullas, pero será difícil.

Ella asintió, aunque el inspector no pudiera verla.

—Claro. Y Valentino, ¿está bien? ¿Lo ha podido ver el psicólogo forense?

—Escúchame bien, Wolf —dijo con seriedad el inspector y se aclaró la voz —. Valentino está bien. Pero tú tienes exámenes finales en estos días. Así que vas a dedicar toda la tarde a estudiar. Por favor, hazlo por ti y por tu padre.

Ella bufó.

—Pero la profesora…

Él la interrumpió.

—La profesora es asunto nuestro. La policía está con el caso. Tú tienes que estudiar. Mañana, si quieres, te pasaré a recoger en la garita de la salita e iremos a interrogar a esa camarera que fue testigo en la desaparición de Valentino.

—Debby.

—Exacto.

Ella suspiró de nuevo. No le gustaba dejar por tanto tiempo el caso y que se convirtiera en un caso frío. Estudiar era importante, pero se sentía frenada por sus obligaciones fuera de la investigación. La adrenalina de la búsqueda empezaba a crearle adicción a Olivia.

—¿Mañana a qué hora?

—A las diez en punto.

—Está bien, pero tenemos una conversación pendiente, inspector. Sobre mi padre.

—Todo a su debido tiempo, Wolf —contestó y colgó el teléfono.

Olivia guardó el aparato y le explicó a Donato la cita que tenían para el día siguiente.

Después de varias insinuaciones de Donato, que trató de invitarla a su habitación a "estudiar", Olivia se refugió en la suya. Pero se conocía a sí misma y sabía que, aunque sacara los libros para estudiar, su mente seguiría en la investigación.

¿Era seguro estar en la Lombroso?

¿Podían dejar que esa organización campara a sus anchas en la cuna de la policía?

Las sorpresas no habían acabado para Olivia.

Al sentarse en la cama, se dio cuenta de que en su escritorio había algo que no tenía que estar allí. Algo que ya había visto en alguna parte.

Una figurita de madera tallada yacía en la escribanía.

Su sangre se heló.

Alguien había entrado en su habitación.

Miró a su alrededor. Se levantó de golpe y entró en el lavabo. Controló los armarios y miró debajo de la cama.

A pesar de que sabía que estaba sola, su corazón se disparó.

Se acercó al objeto.

Era una figura estilizada y alargada, con varias aristas que convergían en la parte superior, en forma de corona.

No podía ser otra cosa que una pieza de ajedrez.

Sacó el caballo que aún conservaba del otro caso. El corte y la tonalidad de la madera eran idénticos.

Sin embargo, para Olivia, lo peor fue la frase en el papel que estaba debajo.

Enroque de la Reina.

Era una pista más, pero, ¿para qué?

Ahora sí que no podría concentrarse en estudiar.

6

Cuando el despertador de Olivia sonó, sus ojos llevaban tiempo abiertos.

Alargó la mano y lo apagó.

Se incorporó, apoyada en los codos.

La sensación de cansancio que le entumecía el cuerpo le recordó cuánto le había costado dormirse la noche anterior.

Peor que una resaca, pensó.

Esa mañana, a las ocho en punto, tenía un examen. Luego tocaba correr hasta la entrada con Donato, para seguir con la investigación del secuestro de la profesora.

Se desperezó y se metió en la ducha. Se vistió con uno de sus habituales conjuntos y se sentó en la mesa. Abrió un libro y leyó otra vez los apuntes, pero eso solo le aumentó la frustración. No había estudiado tanto como debía. Era oficial: era la peor preparación de un examen de su trayectoria académica.

Esa sensación la acompañó a la cafetería, donde compró uno de sus zumos preferidos, verde detox y lleno de grumos. Al tomarlo, mientras chupaba la pajita, recordó cómo solía llamar a ese brebaje su amigo Valentino: "el despiertamuertos". Era una mezcla de verduras verdes, como espinacas, kale y pepino: todo un chute de vitaminas sin azúcar. Pero el sabor era francamente horrible.

Olivia consiguió hacer el examen como pudo. En un primer momento no supo si había salido bien, mal o regular. Escribió sin pensar, con una sola idea fija: irse lo antes posible.

Los compañeros de curso se extrañaron cuando no se detuvo fuera de la sala para comentar las preguntas y valorar si había respondido como debía.

Se encontró con Donato por el camino, en dirección a la salida.

A diferencia de los demás alumnos, que se tomarían un descanso y se meterían a estudiar para el siguiente examen, ellos iban hacia una práctica real con el inspector Caruso.

—Buenos días, encanto, ¿cómo estás? —dijo Donato—. Te veo radiante esta mañana.

Ella sabía que Donato era un adulador profesional y que ella estaba muy lejos de estar tan radiante como él afirmaba.

—Hola, Donato —respondió poniendo los ojos en blanco.

Llegados a la entrada, pidieron permiso al guardia para salir y este les dejó marchar.

Subieron al coche de policía que ya los esperaba. El inspector Caruso tenía el coche en marcha, con la calefacción puesta. Llevaba un traje gris y el abrigo estaba plegado en los asientos traseros.

Donato se sentó detrás y Olivia en el asiento del copiloto.

—Buenos días, tengo una mala noticia —soltó el inspector.

—Yo también —respondió Olivia, provocando que Donato se agarrara al asiento delantero y se acercara—. Usted primero, inspector.

Él gruñó ligeramente.

—Hemos evaluado a Valentino.

—¿Cómo está? —preguntó Olivia con interés.

—Está bien, pero sigue en el hospital, en observación.

Ella arrugó el ceño.

—¿Qué le ha pasado?

—Hemos encontrado una fuerte dosis del principio activo con el que se elabora la droga del Nebolux. Ese opiáceo es lo que lo ha dejado en esas condiciones. El psicólogo forense y el médico forense creen que le han devastado el cerebro con una fuerte dosis de esa mierda. Lo que hubiera hecho la droga cortada en semanas o meses, se lo han provocado en tan solo pocas horas.

Olivia se tapó la boca con las dos manos para que no le escapara un grito de dolor.

Bajó la mirada a su regazo.

Sus peores temores se habían cumplido. Valentino ya no era el Valentino que conocía y todo por culpa de esa maldita organización, Equites Serpentarii.

Bajó las manos y las cerró formando dos puños.

—Lo siento, Olivia. Los médicos están evaluando si pueden hacer algo al respecto.

Olivia asintió, y el inspector se giró hacia ella.

—¿Y tú qué has descubierto?

Ella se limpió rápidamente, con la manga del anorak, una lágrima que quería bajar por su dulce mejilla. Introdujo la mano en el pantalón y sacó una figurita del bolsillo.

—Este es el caballo que encontré con Valentino, junto al cadáver de Lina Spencer —afirmó y enseguida metió la mano en el pantalón para sacar otra cosa más: el papel donde estaba la frase y la otra figurita.

—¿Qué es eso? —preguntó el inspector.

—Lo encontré en mi habitación ayer por la tarde, cuando regresé.

Él lo cogió con el mismo pañuelo con que lo sujetaba Olivia.

Lo observó y leyó la frase. Donato, desde detrás, alargó el cuello para no perderse ningún detalle.

—*"Enroque de la Reina".* ¿Qué diablo quiere decir eso? —dijo el inspector.

—Es una figura del ajedrez, el rey —afirmó Donato con convicción—. Inconfundible.

—No —respondió Olivia—, es la reina. El rey tiene una cruz en la parte superior. La reina una corona.

—Exacto —confirmó Caruso—. Estás en peligro, Wolf. No puedes quedarte sola, tendrás que estar conmigo, y si estás en la academia, nunca vayas sola. Creo que Donato te podría proteger. ¿Te sientes cualificado para defender a tu compañera, cadete?

—Más que cualificado, señor —respondió él con firmeza.

—No será necesario —se defendió Olivia.

—O eso, o te meto en la comisaría con protección a la vista. Esta academia no es el mismo lugar que conocí yo. Los tiempos cambian, y los peligros en Akeron City aumentan.

—Está bien, lo que usted diga.

—Bien. Ahora tenemos que ir al bar Escorpión. Creo que muchas respuestas pasan por ese maldito lugar.

Olivia se giró y le dio un golpe a Donato en el brazo, con la mano cerrada.

—Todo esto es por culpa tuya. ¿A quién, en su sano juicio, se le ocurre enviar a un cadete al bar motero Escorpión? —espetó Olivia.

Donato bajó la mirada, sin decir nada. Miró por la ventanilla hasta que el coche se detuvo en el aparcamiento del bar, lo suficientemente lejos para que no fueran vistos por los clientes, y lo bastante cerca como para ver el movimiento que había en el lugar.

Delante de la misma puerta de entrada, una batería de motos estilo chopper con barras cromadas, embellecedores y manillares altos, se exponía con orgullo. Dos tipos se apoyaban en una barandilla debajo del porche de madera. Sostenían una botella de cerveza y reían. Uno se tocaba la barba con insistencia.

—¿Qué plan tiene, inspector? —preguntó Olivia.

—Necesitamos entender qué nexo tiene este roñoso lugar con la sociedad secreta de la Lombroso.

Olivia miró los papeles plegados. Se lo pasó al inspector.

—La furgoneta y el tal Nino.

—¿Nino?

—Es quien raptó a Valentino. Nos lo dijo Debby, ¿recuerda?

—Ya. Pero tenemos que esperar, quiero ver quién entra y sale de este lugar, por si podemos identificar a alguien.

—Bobadas —dijo Olivia—. Lo que tenemos que hacer es entrar y hablar seriamente con Debby. Inspector, si cree que hoy volverá la furgoneta blanca por aquí, está muy equivocado.

Dicho eso, Olivia abrió la puerta del copiloto.

7

Olivia era consciente de que aquello era un suicidio.

Pero sabía que el viejo compañero de policía de su padre no la dejaría sola y la acompañaría en esa locura improvisada.

No había dado dos pasos cuando el inspector y Donato salieron también del coche.

«De perdidos al río», se dijo Olivia en su fuero interno.

El inspector no pudo hacer nada más que seguirla, ya que ahora habían entrado en el campo visual de los dos tipejos apostados a la entrada del bar Escorpión.

El efecto sorpresa y su posición de vigilancia desaparecieron de un plumazo.

Caminaron otros diez pasos muy firmes, antes de que los dos hombres la alcanzaran. La siguieron hasta el primer escalón del bar Escorpión.

De pronto las risas de los barbudos moteros se detuvieron. Miraban a los forasteros con ojos muy abiertos, desde su posición más alta e intimidatoria.

—¿Quién demonios sois? —dijo uno. El tono sonó a: "os habéis equivocado de bar, turistas del carajo".

Sus chalecos de cuero, con el símbolo bordado de su clan motero, hubieran estremecido a cualquier persona de Akeron City, pero no tuvieron el mismo efecto sobre Olivia Wolf.

—Quiero hablar con Nino —les espetó Olivia.

Uno de ellos, el que no había dicho nada, quiso hablar. Pero al escuchar la petición se giró, y los dos energúmenos se echaron a reír.

Olivia pasaba la mirada del uno al otro, pensando cuál de los dos era el más tonto. Pero la competición que tenía delante era muy dura.

—Estoy hablando en serio.

La segunda frase los hizo reír aún más.

—Vete al cuerno, mocosa —dijo uno.

Al escuchar esa respuesta, Caruso apartó el anorak y enseñó la placa, apoyando una mano en la pistola.

—¿Queréis acabar el día entre rejas? —preguntó con tono firme a los dos hombres—. Si no, será mejor que respondáis a mi compañera.

Los dos se detuvieron de repente.

Subieron las cejas y se callaron.

—¿Y bien?

—Nino no está aquí.

Esas palabras fueron la prueba más aplastante de la existencia de Nino y de la idiotez de esos dos moteros.

—¿Dónde podemos encontrarlo?

—En la vieja… —respondió el que aún no había dicho nada, pero el otro lo detuvo de un codazo.

—En la vieja, ¿qué? —preguntó Olivia.

—Nada —aseguró mirando al otro—. Se me ha olvidado.

Los dos se acercaron a las motos, se colocaron el casco y se marcharon.

Olivia los señaló y miró al inspector.

—¿Qué hace, los deja escapar?

—Son unos peones de tres al cuarto. Pero ahora tenemos la confirmación de que existe el tal Nino. Debby es una fuente fiable y tenemos que hablar con ella.

Cuando los moteros, con grandes acelerones, salieron a la carretera hacia el sur, ellos tres entraron en el bar.

La llegada del investigador y los dos cadetes provocó que todos callaran y que la música se convirtiera en la protagonista.

Caruso cogió el arma y disparó al techo.

Olivia intentó controlar el rechazo que le provocó aquel gesto. Desde luego, ese tipo de actuación no estaba en los manuales del perfecto investigador. Para ella, eso fue un choque con la realidad. Lo que se aprendía en la Lombroso y lo que ocurría en la vida real eran dos cosas bien diferentes.

—Quiero que me escuchéis muy bien. Soy el inspector Caruso y estoy buscando a un tal Nino. Si me indicáis dónde está, os dejaré seguir con

vuestras cosas y nos marcharemos. En caso contrario, todos seréis arrestados, aparecerán más agentes de policía de los que habéis visto en vuestras miserables vidas y este lugar será puesto patas arriba —afirmó, sin quitar los ojos de los hombres que, rodeando varias mesas, estaban jugando a cartas—. Esto no es negociable. Es lo que hay. Se toma o se deja.

En el ambiente se formó un silencio sepulcral. Los presentes se miraron entre ellos para decidir qué hacer.

Olivia notó que Debby se quedaba perpleja detrás del mostrador, con una botella de licor a medio verter en un vaso de tubo.

Donato, y su ridículo sombrero, era el que estaba más preocupado de todos. Él había empezado todo eso, enviando a Valentino a ese antro. Se sentía arrollado por esa sobredosis de realidad aplastante. Delante de tantos hombretones barbudos con enormes músculos y tatuajes desteñidos, se planteó seriamente si eso era lo que quería en su futuro.

Caruso interpretó el silencio de los hombres como una respuesta en sí misma. Cogió la radio de su cinturón y pidió refuerzos.

Tal y como había amenazado, en un abrir y cerrar de ojos, el lugar se convirtió en una invasión de agentes de la policía.

Cada uno de los moteros fue fichado.

Mientras, los agentes, organizados por el inspector, ejecutaban el plan. Olivia y Donato se encerraron en una habitación con Debby.

—Ahora estás a salvo. Necesitamos saber quién es Nino, y también todo lo que sepas de la furgoneta blanca y de su tapadera.

La camarera, que ese día sí llevaba la placa con su nombre, zarandeó la cabeza.

—Qué equivocados estáis, yo no estoy a salvo. Y tú, Olivia Wolf, menos aún.

8

La confesión de la camarera dejó helada a Olivia.

Tenía delante a una mujer con problemas económicos, que había suplicado que no la delataran porque necesitaba ese trabajo para pagar el alquiler y no perder la custodia de su hijo. Pero, ¿cómo sabía ella su nombre?

Ese día Debby llevaba una coleta y el pelo rubio se veía algo más sucio que la otra vez. La ropa, un uniforme oscuro y sencillo, comenzaba a llevar demasiados días de trabajo encima. Sus ojeras eran profundas y su mirada cansada. Quizá ese no fuera el único trabajo que tenía.

—¿Cómo sabes mi nombre?

Ella siguió negando.

—Estás en la lista, eres la próxima.

Ella arrugó el ceño y comenzó a sentir miedo, miedo de verdad.

—¿Yo, la próxima? ¿Por qué?

La camarera levantó la mano hacia su rostro y el detective, rápido, la detuvo.

—Está bien, Donato, déjala.

La sujeción del cadete se aflojó y le soltó el brazo a la camarera.

Debby pasó sus dedos por el terso y joven rostro de la cadete.

—Yo una vez fui tan guapa como tú. Luego, demasiados hombres, demasiadas drogas, un embarazo y otras malas decisiones me dejaron así. Por aquí, las caras de las mujeres jóvenes son objeto de chistes y de otras cosas. Has entrado en el ojo del ciclón —afirmó mientras seguía tocando su rostro con la delicadeza de una madre—. Se ve que Nino, te quiere más muerta que viva. Eres un grano en el culo. Un grano muy bello, pero un jodido grano.

Olivia necesitó unos instantes para procesar esas palabras.

—¿Cómo lo sabes? ¿Conoces a Nino? ¿Dónde lo podemos encontrar?

—Te equivocas, será él quien te encuentre a ti.

—Espera, espera —dijo Donato y siguió con tono escéptico—. ¿Cómo sabes que ella está en la lista de ese tipo?

Debby se encogió de hombros.

—Aquí todos hablan de todo y mientras sirves chupitos y copas, escuchas cosas. A los hombres, cuando llevan demasiado alcohol en la sangre, se les va la lengua —afirmó mirando a Donato.

—¿Pero quién habló de mí, Debby? —preguntó Olivia.

La camarera negó con la cabeza. Lo hizo lentamente, con una mueca contrariada.

—No sé el nombre, y no te esperes que después de esto… —dijo indicando la redada— se vuelva a presentar por aquí.

—Descríbemelo.

—Era un hombre blanco, con un tatuaje de un lobo en el brazo derecho, gafas de sol incluso de noche y conducía una furgoneta blanca. ¿Te suena?

Olivia alzó las cejas.

—El mismo que ha raptado a… —dijo Olivia y miró a Donato, refiriéndose a la profesora Adler.

Debby asintió.

—El mismo, lo sé, también habló de la profesora y de que la próxima eras tú.

Olivia apretó los puños muy fuerte. Los nudillos se le pusieron blancos.

—¿A dónde la ha llevado? ¿Cómo la podemos encontrar?

La estancia se quedó en silencio. La camarera miraba su antebrazo, donde tenía un tatuaje con la cara de un niño, seguramente su hijo. De fondo, el murmullo que los acompañaba durante todo el interrogatorio seguía presente, como una tercera persona. A pesar de la puerta cerrada, el alboroto del otro lado era una constante que recordaba lo que estaba sucediendo al otro lado de la puerta.

—No lo sé. No tengo ni idea, de lo único que estoy segura es que este lugar ya no será el mismo a partir de hoy. El tío de las gafas ya no vendrá. Ahora es demasiado peligroso.

Olivia se pasó una mano por el rostro.

Ese hombre era el enlace con Nino y la profesora raptada. Haber entrado ahí, escuchando su instinto inexperto, les había costado muy caro.

—Pero si lo conoces, por todos los rayos, habrá una manera de localizarle —espetó Olivia.

La otra mujer negó.

—Espera un momento, ¿el tío de las gafas, ese de la furgoneta, es Nino, el famoso Nino? —preguntó Donato.

Las dos mujeres se giraron hacia él y al unísono dijeron que no.

—No tienen nada que ver. Nino es el jefe del tío de las gafas —aseguró Debby.

—¿Y cómo es Nino, lo has visto alguna vez?

—Dicen que ha venido alguna vez, pero no sé ni quién es, ni qué físico tiene.

Olivia se acercó a la otra mujer.

—Escúchame, Debby, alguna pista te tiene que haber dejado. No sé, un lugar, una tarjeta, un número, algo para poder seguirle la pista. ¿No?

La camarera se lo pensó un segundo. Levantó la mirada y Olivia vio que se estaba esforzando. Intentó recordar cualquier detalle que pudiera haber escuchado u oído, pero después de casi un minuto, negó con la cabeza.

—No. No tengo ni idea.

Olivia chasqueó la lengua y Donato se levantó.

—Espera —añadió Donato, apuntándola con el dedo—. Había unos moteros fuera tomando una cerveza cuando llegamos. A uno se le escapó algo, ¿verdad, Olivia?

—Sí, algo de un lugar. Pero se detuvo antes. Dijo, "en la vieja…". ¿En la vieja, qué?

Esa frase le extrañó a la camarera. Afinó la mirada y pensó un instante.

—No, lo siento, no tengo ni idea. No me suena nada.

Olivia se tomó unos instantes para reflexionar, pero ya no sabía cómo seguir. El manual del inspector de la Lombroso no arrojaba luz a los callejones sin salida de las investigaciones. Pensó que a lo mejor esos casos solo los llenaría la experiencia que ella aún no tenía.

Sacó un bolígrafo y apuntó en un papelito su número de teléfono. Se lo alargó a Debby.

—Debby, por favor, si recuerdas cualquier cosa, no dudes en llamarme para decírmelo. Aunque te parezca algo tonto, creo que es importante.

Ella asintió y se lo colocó en el sujetador, el lugar más seguro a parecer suyo.

Donato se quedó boquiabierto y callado.

Al final salieron de la sala y los agentes llevaron a Debby a la comisaría, para encargarse de la burocracia.

Caruso se acercó a los chicos.

—¿Qué habéis sacado de la mujer?

Olivia negó.

—Poca cosa, solo que… —dijo Donato y antes que dijera que la próxima en la lista era ella, Olivia lo detuvo.

—Nada importante. Lo mismo que ya sabíamos.

Caruso afinó la mirada, observando a Olivia.

—Wolf, ¿sabes qué es lo más preciado que se tiene un equipo?

Ella no respondió.

—La confianza. Si me ocultas información, si os guardáis detalles o pistas y no me los decís, estaréis quebrantando la confianza que hay dentro del equipo y con el jefe y comprometeréis el futuro de la investigación.

—Le prometo que no tengo más información útil para la investigación. Debby no conoce al tal Nino, y no sabe dónde está. Se lo juro, inspector.

Él la observó muy de cerca y al final asintió.

Los acompañó hasta la entrada del campus. La Lombroso seguía sumergida en una niebla que la hacía parecer un cementerio de alguna película de terror.

Caruso insistió en que tenían que dedicar la tarde a estudiar para los exámenes. Los finales eran lo más importante, y ese asunto los había sacado del foco.

La solución, después de un día de investigación, interrogatorios y de redadas, parecía más lejos que nunca.

9

La habitación de Olivia estaba vacía.

Igual que ella se sentía por dentro.

Valentino estaba ingresado y ya no era el mismo. La sobredosis de esa mierda que le había suministrado la organización Equites Serpentarii había devastado a su amigo. Marcaba un antes y un después en su compañero.

¿Qué sería de él ahora?

¿Qué futuro podría tener ese chico?

Caruso lo había dicho hacía tiempo: la ciudad de Akeron estaba invadida por esa nueva droga. Muchos policías corruptos hacían la vista gorda y permitían el tráfico de esa porquería.

Pero lo peor era que en el bar Escorpión no habían conseguido nada con la redada.

Seguramente, Olivia tenía un cierto grado de culpa. Si hubiera escuchado a Caruso, en vez de entrar por su tozudez, a lo mejor ahora tendrían otros resultados. Pero el pasado no se podía cambiar, porque si así fuera, iría a buscar a su padre y le impediría que entrara solo en la cueva de un mafioso.

Se estiró en la cama. De lo último que tenía ganas era de estudiar.

Bajó a la máquina de vending y se compró una barrita de chocolate. Esas calorías la ayudarían a superar el momento, estaba segura.

Abrió los libros y comenzó con la chocolatina. A cada mordisco, intentaba concentrarse más.

El examen siguiente era uno de los más complejos y necesitaba estar concentrada. Sin embargo, todo el rato, su mente se desviaba. Regresaba al interrogatorio de Debby. Su tatuaje, su situación precaria. Nino y su esbirro de la furgoneta blanca.

Todas las veces que intentaba concentrarse, su mente se desviaba hacia la investigación.

La tarde pasó lenta, con los libros. Cuando ya estaba segura de que por lo menos la suficiencia la conseguiría, ya era hora de cenar. Cuando iba a bajar a cenar recibió una llamada.

En la pantalla apareció el nombre de Caruso.

—Wolf —contestó como una verdadera inspectora.

—Espero que estés con Donato —respondió él.

Ella tensó un lado del cuello.

—La verdad es que no.

Él se enfureció y después de decir que era una absoluta insensatez estar sola en su situación, la convenció de nuevo para que durmiera en la misma estancia que Donato.

La idea no le gustaba, conociendo el donjuán que era. Pero al final cedió.

—¿Para qué me llamaba?

— Tengo que decirte que me han abierto un expediente.

—¿A usted?

—Sí, por la redada en el Escorpión.

—Pero es su trabajo. ¿Cómo puede ser?

—Olivia, no confíes en nadie. Esto de la Equites Serpentarii llega hasta aquí. No puedo dar nombres, pero se está acercando tormenta. No confíes en nadie.

—¿Qué quiere decir?

—El tema lo llevará otro inspector. A mí me han apartado del caso. Lo del bar de hoy no ha sido una buena jugada.

—Lo siento, ha sido culpa mía.

—No pidas disculpas. Eso no es culpa tuya, sino de alguien que está por encima.

Caruso se tomó un segundo y se aclaró la voz.

—Escúchame. Quédate al lado de Donato. No es tan malo como parece. Es de buena familia. Los Vihëls son buena gente. Este chico no te hará nada. Prométeme que irás a dormir a su habitación.

Ella no pudo negarse. Acató la orden y siguió el instinto del viejo amigo de su padre. Cuando acabó la llamada fue a buscar a Donato antes de ir a la cena. Después de todo, si Debby tenía razón, ella era la siguiente en la lista.

10

La noche pasó tranquilamente.

Por la mañana, Olivia sintió que había descansado mejor al dormir acompañada.

En un primer momento, quiso dormir en su sofá, pero al final aceptó las numerosas invitaciones y se quedó con la cama, mientras que Donato se fue al sillón.

La habitación de Donato no era como la suya. Su estancia era una suite con baño completo, recibidor y un sofá con televisión. Un lujo que pocos se podían permitir.

Se levantaron y se fueron directos al desayuno. Después acudieron a los exámenes, cada uno al suyo: Olivia en el edificio de inspectores y, Donato, en el de detectives.

El examen pasó como ella se había esperado, sin grandes sobresaltos, pero sin muchas glorias. Nada que ver con todos los de antes de que encontrara el cadáver de su amiga Lina Spencer.

Al salir, otra vez rehusó las invitaciones de compañeros de comentar las respuestas.

Fue a buscar a Donato al edificio donde él había realizado el examen.

Recorrió las calles del campus que conectaban los dos edificios. Cuando estaba a mitad del camino, recibió una llamada.

En la pantalla apareció un teléfono largo. Esos números solo correspondían a las cabinas telefónicas o teléfonos públicos.

Suspiró y le dio al botón verde.

—Wolf.

—Hola, ¿Olivia?

Era una voz de mujer. Le sonaba.

—¿Quién es?

—Soy Debby, la camarera.

Al escuchar esas palabras, la mirada de Olivia se ensanchó, como si hubiera recibido una llamada de algún pariente lejano.

—Dime, Debby, ¿cómo estás, todo bien?

—Sí, todo bien —afirmó y se tomó un segundo antes de seguir—. ¿Te acuerdas de que ayer me diste tu número por si recordaba algún detalle?

Olivia aguantó la respiración.

—¿Sí…?

—Pues me acordé de un detalle. Hace años, el tipo de la furgoneta me habló de un lugar perdido por la zona oeste de Akeron. No me acuerdo en qué contexto ni por qué demonios me lo dijo, solo recuerdo una palabra: Forexpal.

—¿Forexpal?

—Sí, he buscado qué era, ¿y sabes qué he encontrado? —preguntó Debby que parecía una detective privada.

—No tengo ni la más remota idea.

—Era una marca de ventanas y puertas que cerró hace años y ahora es una vieja fábrica abandonada. ¿Te acuerdas, una vieja… fábrica? A lo mejor, Nino y tu profesora están allí. ¿Quién sabe?

Sus ojos se iluminaron.

—Debby, es el regalo más grande que podías haberme hecho. Gracias. Si necesitas cualquier cosa, me tienes para lo que necesites.

Las dos colgaron y Olivia fue corriendo hasta Donato, para decírselo. De repente tenían una pista importante que seguir.

11

La expresión de Donato difirió mucho de la de Olivia.

Al contarle la novedad de la pista de la vieja fábrica de ventanas, donde podía estar la madriguera de Equites Serpentarii, se echó para atrás.

Olivia arrugó el ceño y él miró a su alrededor.

—¿Qué pasa?

—Tenemos que avisar a Caruso.

La objeción de Donato devolvió a Olivia a la Tierra y desinfló la emoción por tener una pista.

Ella bajó la mirada y asintió.

—Tienes razón.

—Venga, llámale, a ver qué quiere hacer.

Ella bufó. Donato tenía razón. El pacto con el inspector era claro y debían comunicarle cada uno de sus movimientos.

Sacó el móvil y llamó.

Los tonos se sucedían sin respuesta, anticipando el buzón telefónico.

Probó cinco veces, pero no tuvo respuesta.

—Déjale un mensaje.

Ella asintió.

A la sexta vez, dejó un mensaje con lo que habían descubierto. Colgó y se miraron a la cara.

Sin que Donato volviese a hablar, Olivia llamó a la comisaría.

Allí le informaron de que el inspector Caruso se había marchado por unos días. Olivia sabía que no había sido de forma voluntaria. Recordó su última conversación diciendo que le habían abierto una inspección interna y que no confiase en nadie.

Por eso mismo, no le contó a nadie de la comisaría nada de la pista nueva, ni a dónde se dirigía. Pero a Donato no le pareció bien.

—Ni de coña… ni en tus sueños más atrevidos te voy a permitir ir a ese lugar —espetó Donato.

Ella sonrió y se cogió de su brazo. Luego tiró de él hacia el sur del campus, en dirección a la salida.

—De hecho, no voy a ir sola, voy a ir contigo, ¿no?

—¿Estás loca? ¿Quieres ir al sitio ese?

—Sí, iré contigo o sin ti, así que tú decides —respondió sin soltarlo.

—Pero, ¿y los exámenes? Mis padres me van a matar si suspendo…

—Habértelo pensado mejor antes de decirle a Valentino lo del bar Escorpión.

Donato se pasó una mano por la cara. Cada día se arrepentía más de haberlo hecho. Pero otra parte de él se alegraba. Sin esa estupidez, no habría tenido a la más guapa de las inspectoras durmiendo en su cama, aunque él tuvo que conformarse con el sofá y ahora mismo lo estaba arrastrando vete tú a saber dónde.

Al salir, cogieron por los pelos el primer autobús. El vehículo, alargado y amarillo, destacaba entre la niebla que no cesaba. Al menos el frío se quedó fuera, gracias a la potente calefacción del vehículo público.

Se habían sentado hacia el final, justo delante de esa fila de cinco asientos que iba de punta a punta. Solo compartían el autobús con una señora, que se puso justo detrás del conductor, al que estaba usando de psicoanalista gratuito.

—Solo miramos y nos volvemos. ¿Está claro? —dijo Donato.

Ella asintió.

—Claro, Donato, vamos allí, vemos lo que hay y nos volvemos. No te preocupes —respondió.

Esa respuesta no acabó de tranquilizar al futuro detective, pero la aceptó.

—Claro que me preocupo.

Olivia se dio la vuelta y lo miró atentamente. Cada vez estaban más lejos de la Lombroso.

—¿Nunca te quitas ese ridículo sombrero?

—Nunca. Y no es ridículo, es un Borsalino.

Ella hizo una expresión casi asqueada.

—Si tú lo dices…

—No te metas con mi sombrero, es mi marca personal.

—¿Tu qué?

—Mi marca personal. Cuando alguien ve el sombrero, sabe que soy yo. Ya está.

Ella asintió, aunque sin acabar de entenderlo muy bien.

—¿También duermes con él?

Donato puso los ojos en blanco y se giró hacia la ventanilla.

El autobús acabó su recorrido y bajaron. Esperaron pocos minutos en una acera, en un barrio poco respetable de Akeron, y cogieron otro. A los veinte minutos, tomaron un tercero que los dejó cerca de la vieja fábrica de ventanas.

Tuvieron que caminar un par de kilómetros, hasta que apareció entre la niebla un viejo rótulo roto y descolorido en el que ponía *Forexpal*.

Se detuvieron a la vez. La imagen era desconsoladora: un edificio en plena decadencia, gris, con ventanas rotas y vallado.

De lo que podía ser una fábrica floreciente, quedaban solo un esqueleto y un aire de peligro. Una cueva de criminales que solo podían estar tramando lo peor para su ciudad.

Dieron la vuelta a todo el perímetro y pudieron constatar que había trazas frescas. El barro, que ya había empezado su labor de engullir el asfalto, tenía marcas de ruedas.

—Podrían ser de la furgoneta —dijo Donato.

Olivia asintió y le hizo seña de seguirla. Tenían que entrar y ver qué había ahí dentro.

12

Se dieron cuenta muy pronto de que ir hasta allí no había sido una gran idea.

El barro fresco se quedaba pegado a sus zapatos.

Todo estaba tranquilo, pero solo aparentemente.

El silencio solo era interrumpido de vez en cuando por algún camión que pasaba por una calle trasera del polígono industrial. Lo que antaño eran solo campos, más tarde fue un importante foco industrial, pero ahora solo quedaba un fantasma de todo eso.

Se fueron acercando al edificio. Encontraron una puerta abierta, que invitaba a entrar.

No había luces en el interior. Antes de entrar, los dos cadetes acordaron guardar silencio absoluto y comunicarse solo con gestos.

En el interior, al principio no se escuchó nada.

La sala que se abrió delante de ellos recordaba a un hospital abandonado. Había sillas tumbadas y rotas; escombros y cristales en el suelo. Un escritorio roto y moho verde que estaba comenzando a propagarse tanto que empezaba a ocultar los grafitis.

Se miraron y decidieron seguir con un gesto.

La poca luz del día entraba por las puertas e iluminaba tímidamente la segunda estancia. Era un pasillo largo, que llevaba a muchas otras habitaciones.

Olivia sacó el móvil y activó la luz. La mantuvo lo más suave posible, para que no delatara su presencia.

Mientras recorrían ese pasillo, evitando pisar jeringuillas y trozos de cristal, empezaron a sentir miedo. Sus pulsaciones se dispararon. Olivia apoyó su mano en el pecho, para intentar calmarse. Le daba la sensación de que latía tan fuerte que podrían escuchar sus latidos.

Esa idea era aún peor que la del día anterior.

¿Cómo se le había ocurrido ir allí los dos solos?

Sentía el aliento de Donato en su cuello. Él estaba tan asustado como ella, aunque se hacía el duro y no lo demostraba.

Acabado el pasillo encontraron una puerta a medio abrir.

Olivia intentó mirar, pero la oscuridad era tan profunda que no vio nada.

Al empujar la puerta, un chirrido de bisagras oxidadas resonó en las estancias cercanas.

Cerró los ojos al hacerlo, arrepintiéndose de haberla empujado. Dejó un espacio lo justo para que pudieran pasar. Una vez del otro lado, el espacio pequeño mostraba una bifurcación, con unas escaleras que subían y otras que bajaban.

Los dos cadetes se miraron.

¿Arriba o abajo?, se preguntaron con signos.

Los dos coincidieron: abajo, a pesar de que era opción más aterradora.

Pronto sus peores temores se confirmaron.

A los pocos escalones, empezaron a detectar voces que venían de lejos. Siguieron bajando, hasta llegar al piso de abajo. Estaban en la boca del lobo. En el sótano, la red telefónica no funcionaba, de modo que, allí abajo, nadie podría venir a ayudarles.

Salieron del rellano y entraron en una estancia donde se veía luz al otro lado de una puerta.

Siguieron el resplandor, y unas voces cada vez se volvieron más intensas.

Eran voces de hombres.

No: un hombre y una mujer.

La luz provenía del otro lado de una cristalera y las voces también.

Se acercaron para ver, pero el polvo y la ceniza estaban tan incrustados en el cristal, que impedían ver a través de él. Buscaron una puerta y se asomaron. El espacio, el corazón de la vieja fábrica de ventanas, ya no era una línea de producción. En su lugar había unas mesas largas con tubos de ensayo, máquinas y contenedores de plástico, que delataban una preparación de productos químicos. Fardos y fardos en plásticos azules del tamaño de ladrillos estaban apilados en una extremidad de la mesa. En la pared, un colgador sujetaba por los menos diez trajes blancos, los mismos que usaban los compañeros de la científica y los forenses.

Olivia pensó que ese panorama químico seguramente era compatible con drogas como el Nebulox.

Habían encontrado el maldito corazón de la droga.

Al levantar la vista vio a un señor que hablaba con una mujer. El hombre estaba de espaldas, pero la mujer, sentada, se parecía a la profesora.

—No tienes alternativa, o colaboras y te haces inmensamente rica o te vamos a devolver a la Lombroso como un vegetal. Y no me pongas a prueba, porque ya lo hemos hecho con el alumno ese, ya sabes de qué somos capaces y lo haremos.

Olivia indicó a Donato que se aproximase. Ella había comenzado a grabar, pero necesitaba estar más cerca.

Donato respondió que era demasiado peligroso, pero ella insistió. Aquella grabación era importante.

Cuando Donato dio el primer paso siguiendo a su compañera, una mano lo agarró por la muñeca y otra le tapó la boca.

Donato solo pudo ver el tatuaje de un lobo en ese brazo que le impidió gritar para que Olivia se pusiera a salvo.

13

—Están limpios —dijo el hombre con el tatuaje en forma de lobo.

Era el mismo que habían visto en las cámaras; el que describió Debby. El mismo que, con una copa de más, le había dicho que Olivia sería la siguiente y que la vieja fábrica de Forexpal era la posible cueva de la organización.

A pesar de estar en el interior, el hombre seguía con gafas de sol.

Delante de los dos cadetes había también un hombre en sobrepeso, con traje negro. Al lado estaba la profesora Adler, sentada en una silla. Sus pies y sus manos seguían atados.

—¡Por todos los diablos! ¿A quién tenemos aquí? —dijo el hombre del traje —. Desde luego que eso de visualizar funciona, porque había deseado verte aquí, para torturarte un rato, mocosa Wolf.

Olivia no tenía las manos atadas, pero el hombre con gafas la agarraba del cuello por detrás.

A Donato le ató las manos para impedir cualquier acto valiente.

—Me imagino que eres Nino —dijo Olivia.

El hombre le hizo un ademán.

—Lo acertaste, Nino Grieco. Eres como tu padre, asquerosamente inteligente y asquerosamente entrometida.

Ella hizo un intento de acercarse a él, pero el hombre que la sujetaba tiró de ella hacia atrás.

—Bravo, Wolf, has ahorrado un trabajo a Ludwich. Tenía programado ir a hacerte una visita, pero te agradezco que hayas venido tú misma. No me gusta perder el tiempo.

—Déjanos marchar —ordenó Olivia—. A los tres.

—Me temo que no, joven e inexperta aspirante a inspectora. La profesora está conmigo y vamos a seguir con el legado de ES. El profesor Markus

Schmidt ya no está, así que ahora necesito un nuevo infiltrado y ella es la candidata perfecta —dijo—. ¿Verdad, profesora?

Esta no contestó. Su expresión no parecía ni contrariada ni a favor. Seguramente estaba entre dos aguas, enfrentada a una bifurcación moral. Aceptar el trato, vender el alma al mismísimo diablo y hacerse rica, y saciar su sed de dinero. O, por el otro lado, ser honrada y seguir en la justicia, pero sufriendo los mismos efectos que Valentino, convirtiéndose casi en un vegetal.

—¿Qué hacemos con estos dos? Habrán avisado a las autoridades.

—Ahí fuera está lleno de policía —dijo Olivia.

Nino miró a su esbirro y este negó.

Entonces el mafioso se rió.

—Veo que aún tienes mucho que mejorar, niña. Profesora Adler, este lugar desaparecerá, pero la receta del Nebulox y el suministro a la ciudad seguirán. Hay decenas de fábricas abandonadas que podemos reconvertir. Lo hice con el Potter, la versión primordial del Nebulox, y podemos volver a montar un laboratorio, sin problemas. Casi sin despeinarme. ¿Qué me dice?

La profesora miró a los cadetes.

—Lo siento, chicos, pero el dinero es muy tentador, sobre todo cuando tu sueldo de profesora es el mínimo interprofesional.

El mafioso aplaudió.

—Es una excelente decisión.

Olivia se enfureció. Se sintió abandonada por esa mujer, que formaba parte de las últimas personas decentes de su pútrida ciudad.

—Has matado a mi amiga Lina, has dejado como un zombi a Valentino, y ahora ella. ¿Qué más, maldito pedazo de estiércol?

—Pues lo próximo seréis vosotros dos —dijo él sacando un cuchillo del bolsillo de la americana.

Estiró la lama y cortó las bridas de la profesora. Guardó de nuevo el cuchillo e hizo un movimiento con el brazo hacia el laboratorio clandestino.

—Bienvenida a la organización, profesora Adler.

Ella se masajeó las muñecas para contrarrestar el dolor que le habían provocado las bridas.

—Ahora te explicaré cómo funciona la organización de mi tío y cómo puedes beneficiarte —le indicó a la mujer y luego se giró hacia su esbirro—.

Ocúpate de ellos. Detrás en el pozo, allí estarán cómodos por una buena temporada.

El hombre del tatuaje los arrastró hacia una salida.

—Vamos, os llevaré a vuestro cementerio privado.

Olivia se removió y el esbirro la sujetó con más fuerza.

Donato le dio un pisotón en el zapato. Lo cogió tan desprevenido que el hombre se agachó, sacó un cuchillo de su bolsillo y se lanzó hacia Donato. Al joven detective le dio el tiempo justo de coger el ridículo sombrero y lanzárselo a su compañera.

La afilada lama del cuchillo del esbirro llegó a la altura del cuello de Donato, y Olivia se encontró con el sombrero en la mano.

—Nada de jueguecitos, mierdecilla —ordenó el esbirro a Donato.

Olivia, que tenía el sombrero Borsalino en la mano, se extrañó. La visión de su compañero sin eso en la cabeza le resultaba rara.

—Quietos. Todos tranquilos —gritó el mafioso desde unos diez pasos, apuntándolos con una pistola.

—Mira dentro —susurró Donato a Olivia.

Ella arrugó el ceño y bajó la mirada.

Cuando su vista enfocó lo que había dentro del sombrero, entendió por qué demonios siempre lo llevaba puesto.

Metió la mano dentro, como un mago haciendo un truco de magia. Pero en vez de sacar un conejo, un ramo de flores o una paloma, sacó una mini pistola que estaba perfectamente encastrada dentro del sombrero.

Soltó el Borsalino y apuntó al esbirro.

—Suelta a mi amigo —ordenó apuntándole.

Nino, al ver la ridícula arma, se rió y sus carcajadas se difundieron por todo el pabellón.

—¿Qué quieres hacer con eso, mocosa? —dijo divertido y luego se puso a gritar, enfadado—. Suelta esa arma antes de que te hagas daño.

El esbirro sujetaba a Donato con la larga lama en su garganta. Nino tenía una pistola. La situación, por mucho que Olivia le diera vueltas, estaba perdida.

No llevaba muchas clases en el campo de tiro, y aunque hubiera acertado, la situación era crítica.

Si disparaba al esbirro, Nino le dispararía a ella.

Si disparaba a Nino, en el supuesto caso que ese artilugio diminuto llegase a tener precisión de tiro a más de diez metros, a su amigo le cortarían el cuello.

Todo lo que podía hacer acabaría mal.

—Deja el arma —gritó de nuevo Nino.

Se formó un silencio desesperante, solo roto por un golpe seco.

—No. Suelta tú la pistola —dijo Antonella arrojando un ladrillo hacia la mano del mafioso—. Nadie apunta a ninguno de mis alumnos.

El grito del mafioso por el dolor no tardó en llegar y sorprendió a todos.

Con ese movimiento de fichas, solo quedaba una cosa por hacer: liberar a Donato.

Olivia ni siquiera se lo planteó.

Miró al esbirro y apretó el gatillo. La bala hizo un estruendo infernal y aterrizó justo entre ceja y ceja del hombre, rompiendo las gafas y haciendo que soltara el cuchillo.

Donato comenzó a gritar como un loco. Pero el cuerpo sin vida del otro hombre yacía en el suelo.

Cuando Olivia se giró hacia la profesora, Nino ya no estaba.

Olivia arrancó a correr detrás del mafioso.

El hombre había huido por el único lugar por donde podía escapar: un pasillo medio oscuro que llevaba a una puerta enorme y abierta.

Cuando Olivia llegó, jadeando, vio cómo la puerta oxidada dejaba pasar solo una persona de lado.

Al cruzar el umbral, la furgoneta que había raptado a la profesora, la misma que habían visto en las imágenes de las cámaras, estaba ahí, echando humo por el tubo de escape. Dio un acelerón soltando barro y después de varios zigzagueos cogió velocidad.

Los disparos de la pequeña pistola de Donato no pudieron detenerla, y Nino Grieco se escapó con la furgoneta de su esbirro.

El cerebro de la organización había huido.

—¡Mierda! —gritó Olivia sin poder hacer nada más, mientras el vehículo se perdía por el polígono abandonado y lo engullía la niebla.

En el exterior de la nave industrial sí que tenía cobertura, así que bajó el arma y llamó a la policía.

Luego regresó a la nave para ver cómo estaban los otros dos.

Encontró a Antonella abrazada a Donato. Los dos estaban asustados, pero vivos.

Olivia sonrió y se sumó en un abrazo colectivo.

Cuando se separaron, ella cogió el Borsalino, le quitó el polvo y se lo puso a su compañero.

—Mejor con tu sombrero, te favorece —dijo y le devolvió la pistola—. Ahora entiendo por qué nunca te separas de él.

Donato se encogió de hombros.

—Mis padres me lo regalaron cuando cumplí dieciséis años y, mira por dónde, tenían razón: me ha salvado la vida. Bueno, lo has hecho tú —dijo sonriendo, luego se giró y miró el cadáver que yacía en el suelo—. De todos modos, la próxima vez apunta un poco más arriba.

Olivia sonrió y negó con la cabeza.

—Vaya, de verdad nunca dejas de quejarte, ¿eh, Donato? —dijo ella y le pasó un brazo por el hombro—. Venga, vamos fuera, que yo te protejo.

EPÍLOGO

La entrega de diplomas en La Lombroso fue en un día soleado.

El palco abierto estaba lleno de cadetes con toga y sombrero.

En las sillas, enfrente, estaban los altos cargos de la academia y de la policía de Akeron City. Cada promoción de detectives, inspectores y forenses que producía la academia era un orgullo; un paso más hacia una ciudad con menos criminalidad y más justicia. O, al menos, eso creían.

En segunda fila, estaba la madre de Olivia. A su lado, el inspector Caruso, amigo de la familia. Fueron testigos de cómo la joven promesa de la comisaría de Akeron City recibía su título de inspectora de policía.

Al concluir la ceremonia comenzó la música en directo y el cóctel.

Olivia, después de un largo abrazo con su madre que demostraba que estaba muy orgullosa de ella, se fue a ver a Caruso.

—Buen trabajo, Wolf —dijo él.

—No, se nos escapó el cerebro de Equites Serpentarii.

—¿Sabes qué decía tu padre?

Ella se quedó en silencio, negando con la cabeza.

—Que lo bueno de no pillar a los malos es que siempre te dan una segunda oportunidad de cogerlos. Porque los criminales nunca cambian, y los buenos nunca se rinden.

Ella sonrió y bajó la mirada a la copa.

—Me debe una conversación sobre mi padre.

Él dio un trago al champán.

—Tranquila, Wolf, ahora te tendré que aguantar en la comisaría. Tendremos que soportarnos mucho tiempo. Ya buscaremos un rato entre donut y donut.

Ella sonrió.

—¿Y Valentino?

—En el hospital, confían en poder mejorar los efectos destructivos de la mierda que le metieron en la sangre.

Ella asintió, aunque no le tranquilizó esa información. Llevaba días yendo a visitarlo, y las mejoras tardaban en llegar. Se giró hacia la profesora Adler, que hablaba con otros profesores.

—¿Qué pasará con ella? —le preguntó a Caruso.

—Parece que la van a prejubilar. Tu grabación del móvil solo la ha escuchado el director, y creo que ese es el plan. Pero yo no te he dicho nada.

—Lo siento por ella.

—Lo que ella debería hacer es darte las gracias, le salvaste la vida —dijo él y la miró fijamente—. Casi se os cargan a ti y a Donato.

Olivia se encogió de hombros.

—Yo hice lo que me dijiste, te llamé varias veces y no me despegué del detective. El resto fue por instinto.

—No, Wolf, el resto se llama genética. Me recuerdas a tu padre —dijo, bajó la mirada y arrugó el ceño—. Era un gran poli, espero que tengas más suerte que él.

Caruso dio un trago al cóctel y se despidió. Dejó el vaso en la primera bandeja y se marchó, desapareciendo entre la gente que llenaba el césped.

Olivia lo observó hasta que se perdió de vista. Era un orgullo poder trabajar con un viejo compañero de su padre. Tenía muchas dudas y muchas preguntas que, seguramente, con el paso del tiempo, se irían despejando. Caruso tenía mucha experiencia para transmitirle y, de igual manera, muchos secretos sobre su padre.

Su padre era un modelo a seguir para ella y había llegado a ser inspectora de policía gracias a su herencia paterna.

Una vez desaparecido Caruso, Olivia se volvió a mirar a sus amigos. Entre todos ellos despuntaba un sombrero extraño, diferente de los demás. Era un Borsalino que sobresalía, llamando la atención.

Ella sonrió. Ahora ya sabía lo que guardaba dentro ese sombrero. Donato le había hecho jurar y perjurar que no diría jamás a nadie lo que contenía.

Quién iba a decirle que, al final, nacería una bonita amistad con ese detective, que prometía perdurar en el tiempo.

¿Te ha gustado?

Descubre “El Forense: La vida y la muerte se unen en sus manos.” La primera investigación del Forense Fosco Merrell.

ENLACE AL LIBRO

A veces una autopsia no es un final, sino un inicio.

Una exhumación revela un indicio que no tiene nada que ver con la causa de la muerte.

El caso no resuelto de una vieja masacre vuelve de actualidad.

Los secretos no entienden de compasión, solo de verdades.

Fosco Merrell, acompañado por la tenaz inspectora Olivia Wolf y el enigmático detective Dønati Vihëls, en una carrera contra el tiempo para

resolver un enigma que entrelaza el pasado con peligrosas mafias en guerra y una corrupción que devora todo a su paso.

¿Hasta dónde llegarán para desvelar la verdad detrás del crimen que conecta su pasado con el presente turbulento de Akeron City?

En Akeron City, los secretos no mueren; se entierran hasta que alguien como El Forense Fosco Merrell consigue desenterrarlos.

Con una trama que teje suspense, misterio, y una red de traiciones, esta novela te arrastrará a las profundidades de la investigación forense.

Haz clic y adéntrate en el misterio.

Descubre el *"El Forense: La vida y la muerte se unen en sus manos."*, donde cada cadáver cuenta una historia de traición y poder en las sombrías calles de Akeron City.

El Forense es un thriller policíaco que te dejará enganchado, página a página.

¿Podrá Fosco vengar su pasado antes que sea demasiado tarde?

Si disfrutaste los thrillers llenos de suspense, investigaciones y de misterio, como Reina Roja de Juan Gómez-Jurado, Joël Dicker, Roberto Martínez Guzmán, Carmen Mola, Michael Connelly, no podrás dejar de leer El Forense.

Si disfrutaste de los anteriores thrillers policíacos llenos de suspense e investigación de este autor, no podrás dejar de leer El Forense.

¡CONSÍGUELO AHORA antes de que cambie el precio!

ENLACE AL LIBRO

LLEGA NÉSTOR

Antes de El Hedor de la Verdad, hubo una historia.

Una historia donde la lucha por el bien y el mal arrancó y dejó un legado.
Donde surgió ese surco en el interior de Néstor que lo llevó por la senda de los asesinos en serie.
No fue una historia banal, sino algo que desestabilizó los cánones de la cordura y dejó un legado escrito en los informes de la policía.
Esta novela sucede cuando Néstor aún no era el Néstor que hoy conocemos.
Una novela imprescindible, porque para entender el presente hay que conocer el pasado. Un pasado oscuro, de violencia y con una relación que marcó su carácter: una mujer que creó un cisma en su interior y contribuyó a crear al Néstor de hoy en día.

Néstor: El origen del asesino **te espera en mayo 2026 cargada de misterio y un oscuro pasado.**

Puedes reservarla siguiendo el enlace aquí abajo.

ENLACE A AMAZON

NUEVA SERIE

Querido lector,
En 2026 mi nueva serie verá la luz.
La historia se divide en 10 libros.
A mediados de marzo, exactamente el 19 de marzo, verá la luz la primera.
No te puedo adelantar muchos detalles todavía.
No te puedo explicar por qué está dividida en 10 novelas.
No te puedo explicar quiénes son los protagonistas.
No te puedo decir cuál es el tema principal.
No te puedo adelantar dónde está ambientada.

Solo te puedo decir dos cosas:
La primera es el título de la primera novela: *No matarás.*

La segunda, que el tema central es controvertido y polémico, y aparecerán tantos detractores como defensores.

Lo que sí te puedo confirmar es que son thrillers policíacos.

Tan solo puedo darte estas cuatro pinceladas. **Hoy la puedes reservar por tan solo 0,99€.** Cuando se ponga en venta, subirá a 4,99€.

Si has disfrutado con Álex Cortés, Fosco o Gildo, te invito a que, a pesar de no tener mucha información por ahora, le des una oportunidad a esta nueva serie.

Si estás en mi lista de correo, recibirás más actualizaciones sobre este nuevo proyecto literario. Si no lo estás, te invito a entrar en este enlace.

Nada más, solo darte las gracias por haber llegado hasta aquí.
Riccardo.

ENLACE A AMAZON

MIS OTRAS NOVELAS

El thriller psicológico más adictivo de Riccardo Braccaioli
Cuatro horas de oxígeno: Un thriller psicológico que te dejará sin aliento

"**Una hija. Una sospecha. Y solo cuatro horas de oxígeno.**"

Rebecca Blackmoor no ha tenido tiempo de asimilarlo.
Hace apenas unos días estaba hablando con su madre. Y ahora… hay flores en la capilla, un nicho cerrado en el mausoleo familiar y un testamento leído a toda prisa. Todo ha sucedido demasiado rápido.
El nuevo esposo de su madre, un hombre encantador, parece tenerlo todo bajo control. Lo tiene todo planificado: la ceremonia, los papeles, las condolencias. Y ahora también tiene la casa y el dinero.
Rebecca, al volver de vivir un año en Londres tras un problema personal, entiende que algunas de las piezas de ese rompecabezas que dejó en su pueblo natal no encajan.

Quedarse algunos días para recomponerse del trágico evento parece una buena idea. Hasta que resulta ser la peor decisión de su vida.

ENLACE AL LIBRO





Serie Álex Cortés
RESUMEN DE LA SERIE:

¿Cómo de peligroso puede ser abrir un paquete?

La serie de **Álex Cortés**, protagonizada por un sargento de la policía**, está ambientada en una Barcelona fría, lluviosa y peligrosa.**
Todo empezó con una furgoneta abandonada delante de una comisaría, llena de cadáveres. Paquetes con sorpresas, criptogramas que resolver y giros inesperados; el asesino del criptograma tiene a la ciudad condal en tensión y sumergida en el terror.

Junto a la explosiva inspectora Karla Ramírez realizan investigaciones al límite para resolver los complejos casos.

***El Hedor de la Verdad* es un thriller policíaco que recorrerá los callejones más oscuros de Barcelona y de la miseria humana.**



El Sastre del Diablo (Gratis en este link)
El Hedor de la Verdad
Asesino a Bordo
El Diablo Nunca Duerme
Cuando Barcelona Perdió la Cordura
El Vampiro de Barcelona
El Último Criptograma
Un Cadáver en Llamas
El Secreto del Pantano
Vivo Porque Mato
A Rey Muerto, Rey Puesto

Serie El Forense
RESUMEN DE LA SERIE:

A veces una autopsia no es un final, sino un inicio.

La serie de **El Forense**, protagonizada por el médico **Fosco Merrell,** resuelve en cada novela un caso que nace con una autopsia. Junto a la tenaz inspectora

Olivia Wolf, realizan investigaciones a contrarreloj para resolver enigmas que entrelazan sucesos del pasado y peligrosas luchas entre mafias.
Las investigaciones están ambientadas en **Akeron City**, una ciudad oscura y lluviosa donde la justicia a duras penas consigue prevalecer sobre el mal y la corrupción.
El Forense es un thriller policíaco que te mantendrá enganchado, página a página.



El Forense
Los Muertos También Disparan
Un Mundo de Sombras
Las Marcas del Pasado

Asesinato en la Academia
Gambito de Rey

Serie Gildo Falcone
RESUMEN DE LA SERIE:

La vida es incierta; cómete el postre primero.

La serie de **Gildo Falcone**, protagonizada por el inspectro chef **Gildo Falcone,** resuelve en cada thriller culinario un caso que nace con un asesinato relacionado con la cocina o la cultura italianas.
Con los consejos y ayuda de su madre, su mentora en la cocina y en la vida, resuelve los casos con astucia y deducción analítica.

Las investigaciones están ambientadas en **Roma**, la ciudad eterna que Gildo surca con su inseparable Vespa Primavera 125 de color rojo.
Los ingredientes de la serie de Gildo son crímenes, italianidad, humor y cocina.



Muerte en Roma
Muerte entre Viñedos
Spaghetti, Albóndigas y Venganza
Funeral en Roma

Conspiración en Roma (Cuento de Navidad)
Recetas de Thriller (Recetario Gratis)

Serie Bruno Malatesta

RESUMEN DE LA SERIE:

Antes o después, el pasado llama a la puerta… y lo hace con fuerza.

La serie de **Bruno Malatesta**, protagonizada por el famoso mecánico de coches de carreras **Bruno Malatesta**, en cada investigación trata un caso que nace con un asesinato, un robo o un secuestro relacionado con el mundo de los

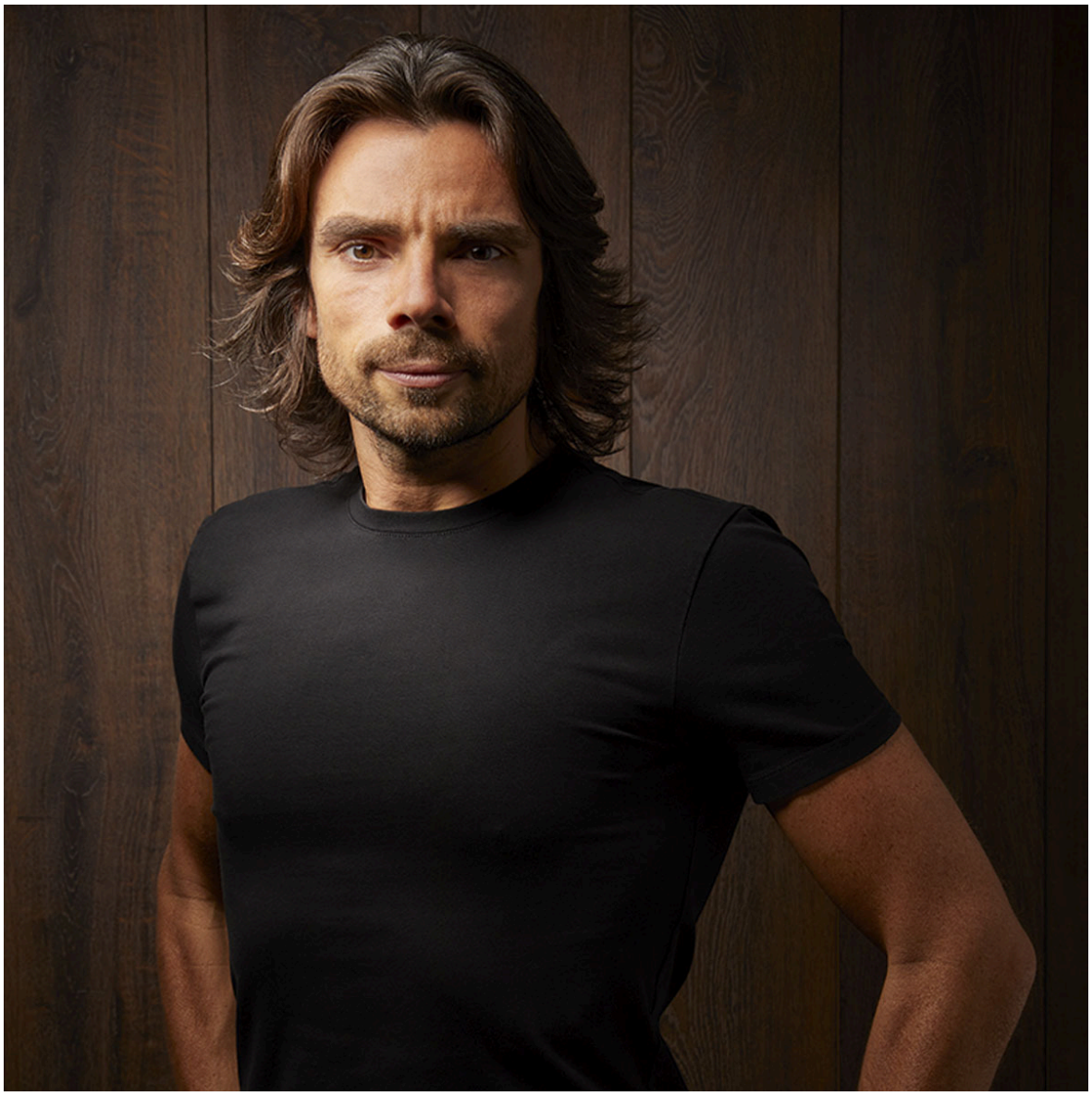
motores. Acompañado por la sorprendente Rita De Angelis, resolverán los casos con astucia, deducción y mucha velocidad.



El Plan Mónaco
Los Secretos del Coleccionista
Malatesta Contra Malatesta
El Secuestro Ferrari
Festival de Muerte
Última Salida

La Muerte del Mentor (Gratis en este link)
Asesinato en el Rally Costa Brava

SOBRE EL AUTOR



Querido Lector,

me llamo Riccardo Braccaioli y soy escritor de thriller policíaco.

Mi serie más conocida es la de **Álex Cortés**, protagonizada por un inspector de policía que resuelve complejos casos de asesinato en Barcelona.

En mayo de 2024 publiqué la **Serie El Forense**, ambientada en una ciudad imaginaria donde abunda el mal, llamada Akeron City.

La primera entrega de esta serie, *El Forense*, ha estado en la primera página de los más destacados del concurso Amazon Storyteller, y ha sido reconocida como una de las novelas más innovadoras y más vendidas del año.

Además, he publicado la serie de **Bruno Malatesta,** protagonizada por un detective amateur. Esta serie está muy relacionada con el mundo de los rallies, y fue justo durante una competición automovilística cuando se me ocurrió la idea para escribirla. Estaba esperando a mi padre, que no llegaba, y así surgió la chispa de la historia: ¿Y si un competidor hubiera asesinado a mi padre? Así arrancó el primer libro de esa serie: *Asesinato en el Rally Costa Brava.*

Si deseas saber más sobre mí, puedes encontrarme en mi página web o en las principales redes sociales.

Por ejemplo, descubrirás que nací en Italia, más concretamente en Carpi, un pueblo de la provincia de Modena, aunque ahora vivo en la Costa Brava y cada mañana escribo la que será mi próxima novela.

Si aún no me has leído y no sabes por dónde empezar, te invito a descargarte la muestra gratuita de la primera novela de la **Serie Álex Cortés**: El Hedor de la Verdad. Álex no te defraudará.

Y por último, me encantaría que, si no estás en mi lista de lectores y no recibes mis correos de los jueves a las 15:30, te pudieras apuntar. De esta forma, estarás al corriente de todas mis novedades editoriales y muchas más cosas. Solo tienes que entrar en este enlace y dejar tu correo.

ENLACE A MI NEWSLETTER

También puedes acceder a mi newsletter escaneando con la cámara del móvil este código:



“⭐⭐⭐⭐⭐ Gracias por escribir tan bien, eres de los grandes, el nuevo Michael Connelly”

Entre la obra de Riccardo Braccaioli, destaca:

Serie Álex Cortés

El Sastre del Diablo (Gratis en este link)
El Hedor de la Verdad
Asesino a Bordo
El Diablo Nunca Duerme
Cuando Barcelona Perdió la Cordura
El Vampiro de Barcelona
El Último Criptograma
Un Cadáver en Llamas
El Secreto del Pantano
Vivo Porque Mato
A Rey Muerto, Rey Puesto

Serie Bruno Malatesta

La Muerte del Mentor (Gratis en este link)
Asesinato en el Rally Costa Brava
El Plan Mónaco
Los Secretos del Coleccionista

Malatesta Contra Malatesta
El Secuestro Ferrari
Festival de Muerte
Última Salida

Serie Gildo Falcone
Muerte en Roma
Muerte entre Viñedos
Spaghetti, Albóndigas y Venganza
Funeral en Roma

Conspiración en Roma (Cuento de Navidad)
Recetas de Thriller (Recetario Gratis)

Serie El Forense
El Forense
Los Muertos También Disparan
Un Mundo de Sombras

Las Marcas del Pasado

Asesinato en la Academia
Gambito de Rey





Además, si seleccionas el botón "+ SEGUIR", Amazon te enviará mis

novedades cuando las publique:

